

CAPITULO 2

CONOCIENDO NUESTRA RESPONSABILIDAD

Yo paso mucho tiempo viajando en avión. Recuerdo bien una conversación en particular que tuve con un hombre de negocios que se sentó a mi lado. Cuando hablamos sobre su trabajo, el llenó la cabina con vulgaridades. Tantas palabras malas salieron de sus labios que yo me pregunte si podría decir una frase sin ellas. Después de un momento el hombre me preguntó cuál era mi trabajo. "Soy ministro", le dije cortantemente. Ya puede usted imaginar su reacción. Sus ojos se pusieron grandes y su cara se puso intensamente roja, entonces tartamudeo, Uh . . . Uh . . . No lo sabia . . . Disculpe mis palabras . . . ¿No le ofendí verdad?

Yo me reí entre dientes cuando se retorció en su asiento, pero no me sorprendió su contestación. Yo he visto esa reacción muchas veces. En cuanto el hombre supo cuál era mi ocupación, esto le dijo mucho sobre mí.

Se conoce mucho acerca de una persona por la clase de trabajo que realiza. Por lo general, escogemos trabajos que satisfacen nuestra personalidad, y las tareas de nuestra vida nos forman hasta cierto punto. Nos guste o no, nuestra identidad está cercanamente asociada con nuestra vocación.

De la misma manera, podemos obtener un mejor entendimiento de nuestro diseño como imágenes de Dios al mirar el trabajo que Dios nos ha dado. Para apreciar nuestra identidad como imágenes de Dios, debemos mirar de cerca lo que El espera que hagamos.

NUESTRO LLAMADO TIENE DOS ASPECTOS

A través de los siglos, los teólogos han diferido sobre cómo la humanidad ocupa un lugar especial como imagen de Dios. ¿Qué características tenemos que nos hacen diferentes a los otras criaturas? Algunos teólogos han señalado nuestras capacidades racionales y lingüísticas. Otros han propuesto que la inmortalidad de nuestras almas es la característica más importante. Muchos otros han insistido que nuestra naturaleza moral y religiosa es lo que nos distingue de otras criaturas.

Todos estos puntos de vista describen aspectos importantes de la verdad. Nuestra racionalidad, inmortalidad, moralidad y muchas otras características reflejan a Dios en el mundo. En un sentido amplio, Adán y Eva eran semejantes a Dios en la medida en que ellos, como criaturas finitas, podían ser semejantes a El. Ellos estaban limitados por el tiempo y espacio, pero sus mentes, voluntades y emociones eran semejantes a las de su Creador. Aún sus características y habilidades físicas reflejaban las características espirituales y el poder de Dios.

Aunque estos puntos de vista son importantes, Moisés explicó el significado de la imagen de Dios enfatizando la responsabilidad que El nos asignó para realizar en este mundo. Inmediatamente después de haber creado al hombre y a la mujer, Dios les dio una comisión especial. Podemos leer en Génesis 1:28: "Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra." Estos versos nos ordenan que seamos fructíferos, que nos multipliquemos, que llenemos, que

sojuzguemos y gobernemos la tierra. Estos cinco mandatos revelan nuestra responsabilidades más básica como seres humanos.

Frecuentemente estas tareas asignadas a la humanidad son llamadas el *mandato cultural*. El plan de Dios era que la gente cultivara una cultura terrenal para Su gloria. Este mandato cultural está compuesto por dos responsabilidades básicas: multiplicación y dominio. Primero, Dios le dio a Adán y a Eva la orden de multiplicarse: "Fructificad y multiplicaos, llenad . . ." Su tarea era producir suficientes réplicas de la imagen de Dios de tal manera que la tierra se llenase. Segundo, Dios les ordenó que ejercieran dominio sobre la tierra: "Llenad. . . sojuzgad y señoread. . ." Adán y Eva habrían de ejercer autoridad sobre la creación, administrando los vastos recursos que Dios les había encomendado. No hace falta decir que estos dos mandatos no pueden separarse uno del otro. La multiplicación implica dominio, y dominio exitoso requiere multiplicación. No obstante, desde el principio estos dos aspectos del mandato cultural estaban designados para ser nuestra labor principal en la vida.

Al principio, puede parecer extraño pensar sobre nuestro propósito en la tierra en términos de multiplicación y dominio. La gente moderna no se mira a sí misma como multiplicadores y gobernantes. Sin embargo, si reflexionamos, la experiencia común confirma lo que encontramos en las Escrituras. Dios ha escrito este llamado compuesto de dos aspectos en nuestros corazones. El ha inscrito las ideas de la multiplicación y el dominio muy adentro del alma humana.

Considere, por ejemplo, como la mayoría de nosotros evaluamos los gobiernos humanos. A través de la historia hemos visto aberraciones, pero la mayoría de las personas aplauden las políticas nacionales que benefician a las futuras generaciones. A las personas responsables no les agradan los líderes con poca visión. ¿Por qué? Porque el llamado de Dios para la multiplicación está inscrito dentro de nosotros. Fuimos hechos para cuidar de nuestra descendencia. Por más duro que intentemos, no podemos escapar totalmente de nuestra comisión a ser fructíferos.

Ejercer dominio del mundo también es parte de nuestra conciencia como seres humanos. Aprobamos a los líderes políticos quienes proveen seguridad y prosperidad a sus conciudadanos. No aceptamos conscientemente aquellos programas económicos vacilantes o la mala administración de los recursos naturales. ¿Por qué tantas personas comparten estas ideas? Porque conocemos nuestra comisión como imagen de Dios.

Nuestras familias también toman forma alrededor de este llamado. La mayoría de la gente se da cuenta de que buenos padres se preocupan por el bienestar de sus hijos. El descuido a la niñez ofende inclusive a aquellos que respetan pocos de los valores morales. Todos estamos preocupados por la multiplicación. De manera similar, los buenos padres trabajan duramente para preparar a sus niños para las tareas de la vida. Los enviamos a la escuela y les animamos a que estudien. ¿Por qué? No queremos que nuestra descendencia se pierda de las oportunidades que da la vida para dominar.

Tal vez no estemos acostumbrados a describirnos como Moisés lo hizo, pero las experiencias humanas comunes claramente indican que el llamado de Dios a Adán y a Eva no es extraño después de todo. El negar nuestra doble comisión es negar nuestra humanidad.

¿Qué tienen que ver la multiplicación y el dominio con la imagen de Dios? ¿Por qué Moisés se enfocó en estas labores cuando describió a la raza humana? Para ver

la conexión debemos viajar a la época en la que Moisés vivió: a los días de los faraones, emperadores y pirámides.

Muchos reinos en el Antiguo Cercano Oriente se extendían sobre cientos de millas cuadradas. Los reyes de estos imperios eran líderes poderosos, pero el tamaño de sus dominios presentaban serios problemas políticos. ¿Cómo podían los reyes ejercer control sobre sus imperios? ¿Como podían mantener el orden? Los reyes de la antigüedad simplemente no podían mantener contacto personal con todas las regiones de sus naciones. Necesitaban otras maneras para establecer su autoridad.

Muchos gobernantes resolvieron este problema con la construcción de imágenes de ellos mismos en los lugares claves de su reino. Produjeron numerosas estatuas de ellos, y las invistieron con una autoridad representativa. Los museos de la actualidad albergan los restos de algunas de esta estatuas. Cuando miramos fijamente a estas figuras imponentes su propósito original es evidente. Cuando los ciudadanos veían las imágenes de su emperador, entendían a quien debían su obediencia. Sabían con toda seguridad quién gobernada la tierra.

Moisés describió la doble responsabilidad de la humanidad con este trasfondo histórico en mente. Por supuesto que Dios no necesitaba hacer imágenes de si mismo; El no tenía problemas para llenar la tierra con su presencia. Pero El escogió establecer su autoridad en la tierra de manera que los seres humanos pudieran entender. Tal como los emperadores antiguos llenaron sus reinos con estatuas de sí mismos, Dios ordenó a sus imágenes poblar la tierra. "Multiplíquense," dijo Dios, "Quiero que mis imágenes se extiendan a los fines del mundo." Igual que los emperadores confirieron la autoridad en sus imágenes, así mismo Dios ordenó a sus imágenes regir la tierra. "Dominen y gobiernen," Dios ordenó, "Les doy la autoridad para representarme en mi mundo".

Nunca entendí el poder de las imágenes hasta que mi esposa y yo visitamos Europa del Este hace casi una década. Al entrar en una prominente ciudad de Polonia, el panorama colorido llamó nuestra atención. Banderas rojas brillantes rodeaban una plaza abierta. Entre los colores se encontraban varias estatuas de soldados armados, todas de por lo menos 8 pies de altura. Cuando le pregunté al taxista sobre este lugar, él me respondió con un acento fuerte, "Es Rusha . . . es Rusha". Luego de un momento, comprendí. Las estatuas eran figuras de soldados Rusos.

Luego de algunos días, compartí esta experiencia con un amigo Polaco. El me dijo que este tipo de estatuas se encontraban alrededor del país. "Se encuentran en casi todos los pueblos", él me explico, "en los parques, y en las esquinas de las calles." Luego con una nota de desesperanza añadió, "Nos recuerdan quién realmente está al mando." Aquellas imágenes de soldados Rusos no eran símbolos vacíos, sino que representaban realidades políticas poderosas.

En años recientes hemos visto muchas noticias de países que una vez sufrieron bajo el gobierno comunista. Los cambios han sido increíbles. Pero los reportes noticiosos que más significado han tenido para mí han sido aquellos que muestran a personas derribando las estatuas de Stalin y Lenin. En un pueblo tras otro, imágenes inmensas de los dictadores pasados han caído al piso.

¿Por qué aquellas personas perdieron tanto tiempo derribando esas estatuas? No habían cosas más importantes que hacer? Tenemos dificultad en entender por qué se le da tanta importancia a estos asuntos? Pero si usted hubiese vivido bajo la sombra de estas

imágenes majestuosas, entendería por qué ya no están de pie. Eran símbolos poderosos de cruel opresión.

Ahora podemos ver la importancia de nuestro llamado como imágenes de Dios. Si imágenes sin vida de políticos finitos pueden tener tanto significado, ¿cuánta más importancia tenemos usted y yo como imágenes vivientes del Dios eterno? Fíjese en el honor que Dios nos ha dado a usted y a mí. Nos ha dado el privilegio de proclamar en todo lo que hacemos que nuestro Dios está en control del mundo. Al llenar y gobernar sobre la tierra, cumplimos nuestro verdadero propósito en la vida. Llegamos a puestos de dignidad porque representamos la autoridad del Rey del universo.

Hasta este punto hemos descrito nuestra tarea como imágenes de Dios en términos generales. Ahora debemos ir más allá. ¿Cómo debemos multiplicarnos y tener dominio? ¿Qué actividades están incluidas en los dos aspectos del mandado cultural? No podemos explorar completamente estos asuntos complejos, pero esbozaremos algunos de los contornos importantes de ambos aspectos de la comisión que Dios nos ha dado.

MULTIPLICACION

¿Ha notado alguna vez usted que las señales de carretera comunican más de lo que sus palabras expresan? "Curva cerrada" es más que una información acerca de la dirección de la carretera. La señal comunica a los conductores "disminuya la velocidad y tenga cuidado". "Cruce de ganado" es más que una declaración. Esta señal significa, "tenga cuidado hay ganado que cruza la carretera". Para entender las señales de carretera, se debe adquirir una comprensión básica de las palabras, y a la vez, recordar que éstas conllevan más de lo que el ojo ve. De la misma manera es necesario que entendamos el significado básico de "Fructificar y multiplicaos; llenad la tierra" (Gen 1:28) para entonces explorar el vasto orden de responsabilidades que implican estas palabras.

Comencemos a desempacar nuestra comisión en su nivel más básico. Diciéndolo de una manera sencilla, Dios puso a Adán y Eva en este mundo para que tengan niños. Para cumplir el propósito ordenado por Dios, nuestros primeros padres tenían que reproducirse.

Este significado básico del mandato de Dios debe ser enfatizado hoy más que nunca. En muchos círculos, a los niños sólo se les ve como molestia. Hacen ruido, preguntan constantemente, se enferman, y cuestan mucho dinero. No sé cuántas veces he oído decir a parejas jóvenes, "No queremos la responsabilidad de tener niños. Ellos sólo se interponen en nuestro camino".

Si esta ha sido su actitud en cuanto a los niños, debe hacerse una pregunta. ¿Cómo es que los niños se interponen en su camino? Es cierto, ellos limitan nuestra búsqueda insaciable de lujos y placeres. Ellos se interponen en carreras profesionales, autos lujosos, y vacaciones extravagantes. Pero los niños no nos impiden llegar a ser lo que Dios quiere que seamos. El nos diseñó para tener niños.

Tenemos que ser cuidadosos de no irnos a los extremos. Tener niños es una dimensión importante de la responsabilidad humana, pero tenemos muchas otras tareas que también requieren de nuestra atención. Así como no evangelizamos ni ayudamos a los pobres a cada momento de nuestras vidas, Dios no espera que tengamos tantos hijos como posiblemente podemos tener. Debemos balancear nuestro llamado de la multiplicación física con nuestras otras responsabilidades. La edad y salud de la pareja, las obligaciones

de vocaciones extraordinarias, la responsabilidad de tener padres ancianos, consideraciones financieras, y muchas otros factores nos ayudan a determinar el número de niños y el tiempo apropiado para tenerlos. Balancear la responsabilidad de tener hijos con todas nuestras otras tareas realmente requiere de sabiduría. Hay un tiempo para multiplicarse y un tiempo para abstenerse de multiplicar (Ecl. 3:1-8). Cada pareja debe determinar cómo Dios quiere que le sirvan en este respecto.

No obstante, las escrituras dejan en claro que la multiplicación física es un llamado honorable. En días cuando a los niños se les ve tan negativamente, debemos afirmar fuertemente la perspectiva bíblica. La Biblia nos habla de los hijos e hijas como regalos y recompensas (Sal. 127:3); son bendiciones de Dios (Sal. 127:5). Los niños no son una maldición. Más bien, son centrales en la razón por la cual Dios nos ha puesto en esta tierra. Debemos animarnos los unos a los otros con respecto a la multiplicación y debemos gozarnos con aquellos que tienen hijos.

Con la idea básica de multiplicación en la mente, podemos seguir explorando más en este mandato. La multiplicación implica mucho más que simple reproducción biológica. A los animales se les ordeno reproducirse (Gen. 1:22), pero de la humanidad se espera algo mucho más significativo. Adán y Eva no fueron hechos sólo para multiplicarse, sino que fueron creados para multiplicarse como *Imágenes de Dios*. Dios les ordenó que llenasen el mundo de gente que pudiera servir como Sus regios representantes.

Si la maldad no hubiera venido a este mundo, este labor hubiera sido relativamente fácil. Los niños naturalmente habrían crecido en el servicio al Señor. Sin embargo, con la venida del pecado, los niños no nacen con una tendencia natural de seguir los mandamientos de su Creador. Los padres deben mostrales el camino. Ahora la multiplicación es una tarea tanto física como espiritual. Esta involucra la responsabilidad tener hijos y de enseñarles a vivir como imágenes de Dios.

Recuerdo la visita a una mujer que acababa de dar a luz a su primera hija. El parto había sido difícil, pero tanto la madre como la hija estaban bien. Cuando salía, la mujer sonrió y dijo, "Bueno, creo que ya hice mi contribución con llenar la tierra". Yo le respondí, "no, tú sólo has empezado. Ahora tú tienes que enseñar a tu hija a vivir como imagen de Dios". La multiplicación en un mundo caído en pecado tiene una dimensión espiritual crucial. Nosotros cumplimos nuestra labor solamente cuando criamos a nuestros hijos para servir a su Creador.

Esta dimensión espiritual de la multiplicación nos ayuda a entender la relación especial del pacto que existe entre Dios y los hijos de los creyentes. A través de la escritura, Dios trata a los descendientes de los creyentes como aquellos que esperan ser herederos de la gracia salvadora. Por ejemplo, el pacto con Noé involucró a él y a toda su familia (Gen 7: 1; 9: 1,9). Varias promesas fueron hechas a Abraham y sus descendientes (Gen. 17:7). Moisés declaró que la revelación de Dios pertenece "a nosotros y a nuestros hijos" (Deut. 29:29). Las promesas hechas a David fueron para él y para sus descendientes (2 Sam 7:12-16). Incluso el Nuevo Testamento afirma que la promesa del Espíritu Santo es para ti y tus hijos (Hech. 2:39). El apóstol Pablo declaró que los hijos de los creyentes son "Santos" apartados del mundo (1 Cor. 7:14).

El lazo establecido entre Dios y nuestros hijos no es garantía de su salvación, pero nosotros podemos tener una medida especial de esperanza para ellos. Los hijos del

pacto son educados en la palabra de Dios; viven en medio del pueblo de Dios y prueban de las bendiciones concedidas en Cristo. Ellos deben confiar personalmente en Cristo, pero se espera que los hijos y las hijas de los creyentes sean herederos de la gracia que es ofrecida a través de el Salvador.

La importancia de la paternidad en la multiplicación está remarcada en las palabras de Deuteronomio 6:4-9. A través de los siglos los judíos han repetido el verso 4 como un resumen de su fe: "Oye Israel: Jehová nuestro Dios, uno es."

Los seguidores de Cristo conocen el quinto verso de este pasaje como el más grande mandamiento en la Biblia (vea Mat. 22:37-38): "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza."

Pero note las instrucciones que siguen después de estos pasajes tan famosos: "Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos; y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas" (Deut 6:6-9).

Estos versos apuntan en dos direcciones. Por un lado, los adultos son quienes ponen los mandamientos del Señor en sus propios corazones (Deut.6:6). Por otro lado, ellos son los que enseñan la Palabra de Dios a sus hijos (Deut.6:7-9). Dios ordenó a los padres que instruyeran a sus hijos en Su Palabra, en la casa, a lo largo del camino, en la mañana y por la noche.

¿Por qué el mandamiento de instruir a los hijos está inmediatamente después del más grande mandamiento de la Biblia? ¿Por qué este mandamiento tiene tanta importancia en la ley Mosaica? La respuesta es simple. Debemos pasar nuestra herencia espiritual a las futuras generaciones, porque este es el corazón de nuestra labor como imágenes de Dios. Sin una multiplicación espiritual dejaríamos de cumplir nuestro propósito básico en la tierra. A través de nuestro ejemplo, disciplina, enseñanza y oraciones, nosotros llevamos a nuestros hijos a vivir a la semejanza de Dios. Ellos también a su tiempo pasaran su herencia en Cristo sobre la próxima generación. La multiplicación como imágenes de Dios trae consigo todo este proceso espiritual.

La labor de multiplicación es mucho mas amplia que esto. Varias veces el Nuevo Testamento emplea la metáfora de la multiplicación cuando se refiere al evangelismo y discipulado. Cuando Jesús comisionó a sus discípulos a multiplicarse, El dijo, " Toda potestad me es dada en el cielo y la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones; Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." (Mat 28:18-20).

Dios adopta a todo aquel que cree en Cristo dentro de la familia de los fieles. Por medio del trabajo santificador del Espíritu, los transforma a la imagen de Cristo (Rom. 8:29). En este sentido llenamos la tierra como imágenes de Dios, al extender el mensaje de Cristo por todo el mundo. Cumplimos el mandato cultural por medio del cumplimiento del mandato del evangelio.

He encontrado en algunos círculos un terrible malentendido. Muchas personas solteras y algunas parejas llegan a creer que ellos son cristianos de segunda clase porque no han llegado a tener hijos. Piensan que deben casarse y tener sus propios hijos para llegar a ser humanos completos. Sin embargo, nosotros debemos recordar las palabras de

Pablo. El insistía que en algunos casos "bueno sería al hombre no tocar mujer" (1 Cor.7:1,8). El don del celibato por causa del Reino de Dios es un llamado muy alto (Mat. 19:10-12). Además, nosotros no debemos olvidar que Jesús, el ser humano perfecto, nunca se casó ni tuvo hijos. Pero cumplió su rol como multiplicador al llamar por medio del evangelio a hombres y mujeres dentro de la familia de Dios.

Estas son buenas noticias para quienes no pueden tener hijos para criarlos en los caminos de Cristo. No hay restricción de la alegría del cumplimiento del llamado a multiplicarse, puesto que ustedes todavía tienen toda oportunidad de llegar a ser padres espirituales. ¿Está usted desilusionado al pensar que nunca tendrá un hijo o una hija? ¿sufre usted la agonía de una vida sin hijos? No se desespere. Así como Pablo llamó a Timoteo "mi hijo verdadero" (1 Tim 1:2), así mismo usted puede alcanzar a otros con el evangelio de Cristo y llegar a ser padres y madres espirituales de muchos hijos.

Multiplicar las imágenes de Dios es un gran honor, pero puede ser difícil mantener una actitud positiva. La multiplicación implica trabajo duro día a día. ¿Pasa usted el día persiguiendo a sus pequeños alrededor de la casa? ¿Se pasa usted en su auto la mayor parte del tiempo llevando a sus adolescentes de un lugar a otro? ¿Se dedica usted hora tras hora a ayudar a sus hijos con los deberes de la escuela? Todo este trabajo a veces no resulta muy dignificante. Nadie lo aprecia; nadie lo agradece; nadie lo honra.

¿Se ha dado a sí mismo por años a la tarea de evangelizar? Comparte con sus vecinos, visita la prisión de la ciudad y, contribuye económicamente para el sostenimiento de misioneros. Y ¿qué ha recibido a cambio? ¿Una puerta cerrada bruscamente en su cara? ¿Un vecino que piensa que es usted un fanático? ¿Donde está la dignidad de todo esto?

Imagine que es usted el siervo de un poderoso rey medieval. El le convoca a presentarse ante su trono majestuoso donde él se sienta sosteniendo sus diamantes más preciosos. Usted puede admirar la belleza de los diamantes cuando brillan en su mano. Para su sorpresa, el rey extiende la mano hacia usted y le dice, "Cuida de estas joyas. Hazlas luminosas y brillantes, de tal manera que todos puedan ver mi gloria". ¿Cómo se sentiría usted? Cualquier siervo se deleitaría por tener tan importante trabajo. Cuán honrado usted se sentiría por haber sido escogido para un trabajo tan noble.

Usted no tiene que imaginarse tal escenario. ¡Usted actualmente lo vive! El Rey del universo le ha llamado, El le ha dado una tarea especial. El le dice: "Toma mis preciosas imágenes", "guardalas, moldéalas, y hazlas hermosas, de tal manera que todos puedan ver mi gloria".

Al criar sus hijos, usted no solamente se reproduce -- como los gatos y los perros. Usted está formando las imágenes del Creador. Cuando enseña a alguien acerca de Cristo, no está solamente extendiendo una ideología religiosa. Dios a confiado su imagen en tus manos. La multiplicación es una labor de la que usted puede estar orgulloso de llevar a cabo.

¿Donde está ocurriendo la multiplicación en su vida? ¿Cómo puede usted llenar la tierra de imágenes de Dios? De una u otra manera, multiplicar la imagen de Dios es una responsabilidad gloriosa que debe ser central en la vida de cada uno de nosotros.

DOMINIO

Cuando los líderes de estado convocan a soldados y los envían a tierras distantes, tienen propósitos definidos en sus acciones. Hay alguna estrategia o meta tras el despliegue de tropas. De la misma manera, Dios despliega Su imagen también por una razón. El mandato de multiplicar tiene una meta. La humanidad tenía una labor que desempeñar al esparcirse por todo el mundo.

Como hemos visto, Dios comisionó a la raza humana para que gobernase sobre la tierra (Gen. 1:28). La multiplicación tenía el propósito de dar a los siervos de Dios el dominio mundial. Pero ¿qué significa exactamente este aspecto de nuestra comisión divina? ¿Qué es el dominio sobre la tierra?

Durante mis primeros años como Cristiano me atraían todo tipo de causas radicales. En una ocasión conocí a un grupo de creyentes que habían dejado la vida de la ciudad y se habían mudado a una granja. Allí ellos cultivaban su propia comida y vivían tan cerca a la tierra como podían. Recuerdo haberle preguntado al líder del grupo por qué habían escogido este estilo de vida. Su respuesta provenía del libro de Génesis: "Dios nos dijo que sojuzguemos la tierra," me dijo, "Y eso es lo que vamos a hacer."

En un sentido, este joven tenía razón, pero estaba equivocado en otros aspectos. El mandato de sojuzgar o dominar la tierra fue mucho más amplio de lo que él imaginaba. El gobernar como imágenes de Dios no significa que todos debemos regresar a cultivar la tierra. Significa que debemos administrar cualquier faceta de la creación que Dios nos ponga delante.

La Biblia deja bien claro que el dominar involucra muchas tareas diferentes. En el principio Adán y Eva eran los jardineros del huerto del Edén (Gen. 2:8), pero esta responsabilidad específica no era el llamado completo de Dios. Dios los había diseñado para tener responsabilidades cada vez más amplias. En las sociedades primitivas la gente ejercía dominio al cultivar la tierra y domesticar animales. En los días de David y Salomón, Israel desarrolló sistemas de comunicación extensivos y comercio internacional. Daniel sojuzgó la tierra al aprender de la sabiduría de los Babilonios (Dan. 1:4) y gobernar como un político efectivo (Dan. 1:20; 2:48). A través de la Biblia, nuestros ancestros espirituales ejercían dominio en un sin número de maneras por donde quiera que iban.

Hoy en día la mayoría de nosotros tenemos poco contacto con la tierra misma. Vivimos en rascacielos sobre ciudades de concreto, o tenemos un pequeño terreno alrededor de nuestra casa en las afueras de la ciudad. Lo más cerca que llegamos a la naturaleza es en un paseo por el parque o un campamento de fin de semana. Vivimos la mayor parte del tiempo aislados de los pequeños detalles de la tierra. Pero esta separación no nos impide ejercer dominio. Tal vez no cazamos nuestra comida ni preparamos la tierra para sembrar, pero no obstante dominamos la tierra cada vez que avanzamos en cualquier aspecto legítimo de la cultura humana. Cumplimos nuestro llamado al ser granjeros, banqueros, amas de casa, doctores, artistas, secretarias, profesores, y trabajadores de fabrica -- la lista sigue y sigue. Nuestros dones y profesiones varían, pero todos nuestros trabajos específicos encajan dentro del mandato general de gobernar sobre la tierra.

Este aspecto de nuestro propósito ordenado por Dios ofrece una perspectiva del trabajo que debemos afirmar hoy. Vivimos en un tiempo en que la gente mal entiende la naturaleza básica del trabajo. Mucha gente toma el trabajo como una maldición. "Odio

lo que hago", dicen, "Quisiera ganarme la lotería y simplemente disfrutar de la vida". Pero la perspectiva Bíblica es lo opuesto. Dios comisionó a Adán y Eva a trabajar antes de que el pecado y la penalidad viniera al mundo. El trabajo de ejercer dominio era un privilegio, no una maldición.

Quizás usted se sienta encadenada a una cocina. Lava los mismos platos una y otra vez. Limpia la misma casa día tras día. Tal vez usted pasa sus días fuera del hogar, limitado a un escritorio o una estación de trabajo. El trabajo es una tarea difícil. Su única esperanza es llegar a la edad de jubilación. Si estos son sus sentimientos, algo debe cambiar. Las Escrituras nos revelan que el trabajo es un honor que Dios ha dado a sus imágenes. El trabajo no es para ser despreciado, sino atesorado.

El gran Rey nos ha convocado a cada uno de nosotros a su trono. Esta vez, sin embargo, no nos está encomendando joyas; sino más bien, El está distribuyendo propiedades. "Toma esta porción de mi reino", nos dice. "Yo te nombro mayordomo sobre tu oficina, tu puesto de trabajo, tu cocina. Pon tu corazón en dominar esta parte de mi mundo. Hazlo en orden; desentierra sus tesoros; haz todo lo que puedas con él. Entonces todo el mundo verá cuán glorioso Rey yo soy."

Es por esto que nos levantamos cada mañana y vamos al trabajo. No trabajamos simplemente para sobrevivir -- los insectos hacen eso. Nuestro trabajo es un honor, una comisión privilegiada de nuestro gran Rey. Dios nos ha dado a todos una porción de su reino para explorar y desarrollar a lo máximo. Esta es la razón por la cual Pablo exhortó a los Colosenses, "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís". (Col. 3:23-24) Las palabras de Pablo nos hablan claramente cuando estemos cansados del trabajo. Debemos trabajar "con todo nuestro corazón", porque "trabajamos para el Señor".

Por cierto, el trabajo no es tan solo un privilegio pero un servicio solemne que ofrecemos a Dios. Muchas personas aman su trabajo por los muchos beneficios que les da. Nos consagramos a nuestros trabajos, pero a menudo lo hacemos por las razones equivocadas. Nuestra motivación es el materialismo -- queremos tener más cosas. La posición social nos motiva -- todos queremos estar en la cima. Como una calcomanía de un guardachoque decía, "La vida es tan solo un juego, y aquel que muere con la mayor cantidad de juguetes, gana."

Pero Dios no nos llamó a tener dominio del mundo para nuestra propia gloria y honor. Dios fue quien les dio el *mandato* a Adán y Eva; El *comisionó* a la raza humana. Trabajamos duro en nuestras labores para que *Dios* reciba el honor.

Los reclutadores militares saben cuánto nos tienta el vivir para nosotros mismos. Ellos diseñan sus lemas para apelar a nuestras motivaciones egoístas: "¡Vea al mundo!" "¡Sea todo lo que pueda ser!". "¡Sea uno de los pocos, los orgullosos!". Estoy seguro de que muchos reclutas quedan sorprendidos al bajarse del autobús para empezar su entrenamiento militar. Al llegar, los sargentos no hablan de viajes ni de llenar sus propias necesidades. Ellos insisten en devoción completa y servicio. ¿Por qué? Porque los soldados egocéntricos no son buenos soldados.

Las imágenes egocéntricas tampoco son buenas imágenes. Gobernar sobre la tierra como la imagen de Dios es un servicio que muchas veces conlleva sacrificar los placeres y satisfacciones personales para la gloria de Dios. Como Jesús dijo, "Así alumbre

vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." (Mat. 5:16)

Imagínense cuán diferente sería la iglesia si los Cristianos reconocieran que el trabajo se debe hacer para la honra de Dios. ¿Cuántas veces se han dado semillas de discordia porque la gente no recibe la alabanza que piensan deben recibir? Trabajamos duro en la escuela dominical; servimos fielmente como oficiales. Damos nuestro tiempo y energía, pero no recibimos tarjetas, ni llamadas telefónicas, ni aplausos. El resentimiento empieza a crecer y nos decimos a nosotros mismos, "No aprecian nada de lo que hago. Nunca haré nada más para esa iglesia". Cuando estas actitudes crecen dentro de nosotros, debemos dar un paso atrás y examinar nuestras motivaciones. ¿Por qué servimos a la iglesia? ¿Cuál es nuestro propósito, promover nuestro propio honor o el honor de Dios?

El trabajo fuera de la iglesia es también un servicio a Dios. Ningún trabajo es secular. Debemos honrar a Cristo en nuestro lugar de trabajo tanto como en nuestro lugar de oración. No podemos proseguir cualquier trabajo que queramos; no podemos trabajar como queramos. Debemos trabajar como Dios lo ha ordenado. Ser la imagen de Dios es recibir el llamado que requiere humilde devoción a la gloria de Dios. Somos criaturas diseñadas para dar honor al Rey a través del dominio de la tierra.

¿Cómo está usted ejerciendo dominio sobre la tierra? ¿De qué manera su trabajo puede ser considerado como un privilegio? ¿De qué manera debe usted cambiar para que ejercite dominio solo para la honra de Dios? Podremos cumplir nuestro llamado a dominar y gobernar la tierra sólo cuando podamos contestar estas preguntas.

CONCLUSION

En este capítulo hemos visto cómo Dios le dio a su imagen una doble responsabilidad. El nos llama a multiplicarnos y a tener dominio sobre la tierra. Cuando miramos nuestras vidas a la luz de esta comisión, descubrimos que nosotros debemos actuar como imágenes de Dios. Es necesario que dediquemos nuestras vidas al privilegio de llenar la tierra y sojuzgarla para la honra de Dios. Para esto fuimos puestos sobre la tierra. ¿Qué labor más importante podríamos tener?

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuáles son los aspectos diferentes de la imagen de Dios que han sido enfatizados por varios teólogos? ¿Qué enfatizó Moisés acerca de la imagen de Dios en el primer capítulo de Génesis?
2. ¿Cuál es el mandato cultural apropiado para la imagen de Dios? ¿Qué trasfondo histórico explica nuestro trabajo como imágenes de Dios?
3. Explique la comisión de multiplicarnos. ¿Cómo el pecado ha expandido el aspecto espiritual de este llamado?
4. Explique la comisión de tener dominio sobre la tierra. ¿Cuáles son las dos maneras en que esta responsabilidad debe afectar nuestra visión de trabajo?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué se titula este capítulo "Conociendo nuestra responsabilidad"?

2. Haga una lista de diez cosas que usted hace durante un típico día de trabajo. ¿Asocia usted estas cosas con la multiplicación, con el dominio o con ambos? ¿Por qué?
3. ¿Cual es el obstáculo mas difícil que uno enfrenta en la multiplicación? ¿Por qué le molesta tanto este obstáculo? ¿Como le ayuda la perspectiva bíblica de la multiplicación en esta lucha?
4. ¿Cual es el problema más grande que encuentra en ejercer dominio? ¿Por qué se le hace tan difícil? ¿Como le ayuda la perspectiva bíblica del dominio en esta lucha?